
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña

Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Cristo y las religiones
<i>Mons. Peter Henrici</i>	5	Los avatares de la noción de religión <i>De Cicerón a Schleiermacher</i>
<i>Natale Spineto entrevista a Julien Ries</i>	17	El hombre y lo sagrado en una sociedad industrial y secularizada
<i>Rémi Brague</i>	29	Para resolver la cuestión de los “Tres monoteísmos”
<i>Mario de França Miranda</i>	49	La universalidad de la persona y del mensaje de Jesucristo
<i>Hubert Hänggi</i>	61	Cómo ven los hindúes a Jesucristo
<i>H.K. Menke</i>	75	Inspiración en lugar de encarnación <i>La Cristología de la teología pluralística de las religiones</i>
<i>Alberto Espezel</i>	95	La meditación cristiana según Balthasar
	103	Índice 2007

LA MEDITACIÓN CRISTIANA SEGÚN BALTHASAR

*Alberto Espezel**

En estas breves páginas presentamos el pequeño, sencillo y profundo libro del P. Balthasar sobre “*Meditar cristianamente*” *Christlich meditieren*, Herder, Freiburg, 1984, obra ampliamente inspirada en la tradición de la *lectio divina* y en los Ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola.

Introducción

Para el autor, si Dios hubiera permanecido callado, estarían abiertos y disponibles para el hombre todos los caminos que pudieran llevar a Dios y elevarse hasta El.

Pero si en cambio Dios ha hablado, se trata para el hombre de apropiarse cada vez más su Palabra y usar el medio y el camino que Dios mismo ha franqueado hacia el hombre.

“Muchas veces y de muchas formas habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien nombró heredero de todo, por quien creó el universo. El es reflejo de su gloria, impronta de su ser, y sustenta todo con su palabra poderosa...” (Heb. 1, 1-3). Jesús es en-

* Sacerdote, San Isidro, miembro del consejo de redacción de la revista. Enseña teología en diversos institutos.

La meditación cristiana según Baltasar

tonces plenitud de la revelación de Dios, revelador del Padre y fuente del Espíritu que lo une al Padre.

Meditar cristianamente es una obra de respuesta a Dios hecha a la luz y bajo la guía del Espíritu, y por ello tiene un sello trinitario.

El Hijo como Palabra del Padre

La palabra mediadora.

Balthasar recuerda que el Hijo ha explicado al Padre (Jn. 1, 18). Y lo ha hecho como Hijo que es. Por eso es camino y verdad (Jn. 14, 69) Y por eso exige amor absoluto. Su pretensión y su exigencia no tiene analogía en la historia de las religiones.

Por parte del hombre, los ojos de la fe (en el Espíritu), permiten ver lo divino y filial en el hombre Jesús, y en El, al Padre que lo envió: "Quien me ve, ve al Padre" (Jn. 14, 9).

Se trata de ver, de descubrir en las palabras, los estados, las acciones de Jesús a Dios mismo. Así por ejemplo, en su enojo, o en su tristeza ante Jerusalén, o en su receptividad y empatía ante un pedido de un enfermo o un necesitado, su madre, o el centurión, o la mujer sirofenicia. Todo en Jesús es palabra, incluso sus silencios, su sueño en la barca, su muerte.

Pero también en Jesús tenemos ya la respuesta del hombre al Padre, El es el hombre según el corazón de Dios, su Padre. En Jesús se nos regala la apertura a Dios, la oración (el Padre nuestro como entrada a la oración filial de Jesús, el *Abbá*), el Espíritu, la gracia y la libertad, el diálogo y la respuesta perfecta al Padre.

Entrada en la meditación

El autor insiste en que para comenzar la meditación es necesario un silencio primero que calle lo propio y se encuentre disponible a la escucha. Hay que abrir un espacio interior para recibir de Dios. Para prepararse a la meditación hay que ver dónde está nuestro verdadero

centro. Se trata de ser conscientes de que Dios está esperando nuestra oración. La disposición para la escucha se abre a lo que Dios quiera mostrar y regalar a partir de la comprensión del contenido de la palabra.

La confrontación con la Palabra, por ejemplo, el evangelio de Jesús, es comprendida como Palabra de Dios inmediata al que medita. Por su parte, Jesús es Palabra de Dios en su totalidad de vida, muerte y resurrección, y en esta unidad total se presenta en cada escena, palabra o gesto. Jesús es un objeto o figura corporal de revelación para nuestros sentidos e imaginación que devienen o se hacen sentidos e imaginación espirituales al servicio de la fe. No se ha de abstraer a partir del Jesús concreto que habla o realiza acciones u obras. Sino que es preciso permanecer en su figura concreta que es reveladora en ella misma, no detrás ni encima de ella.

La luz del Espíritu Santo

Balthasar muestra que la Palabra se entiende y se abre a la luz del Espíritu Santo regalado. Jesús confía al Espíritu la actualización de sus palabras, hechos y sufrimientos para todo tiempo posterior. Se da un paralelismo entre la Palabra y el sacramento, destacado por Orígenes. Ambos tienen un simbolismo eficaz de vida divina que se transmite. De este modo, la escena evangélica meditada por el creyente alcanza mi actualidad como algo nuevo, con una juventud divina.

Quien medita la Palabra debe ser consciente que no se encuentra solo, que es el Espíritu Santo quien le abre el contenido de la Palabra. Espíritu que es el alma de la Iglesia.

Desarrollo de la Meditación

La Presencia

Ya contemplemos una palabra o una escena, contemplamos

La meditación cristiana según Baltasar

siempre la persona de Jesucristo. Como hemos visto, el Espíritu actualiza la escena, de modo que Jesucristo se convierte en contemporáneo nuestro. Jesús se dirige ahora a mí, como Palabra del Padre, en todas sus formas o modos humanos. Se manifiesta y se regala. La palabra concreta no se escinde de la Palabra que El es, Palabra profetizada por el Padre. El quiere alcanzar el núcleo de nuestra persona. Aquí aparece la analogía entre palabra y Eucaristía.

Asimismo, toda meditación del Antiguo Testamento debe ser hecha como referida y sostenida por quien es su plenitud: Jesucristo. Esta meditación conlleva una transformación del orante.

La Palabra callada

Jesús se sabe a sí mismo viniendo del Padre y donando el Espíritu Santo. En el desenlace final de su vida, la Palabra queda en silencio y se calla tanto en el proceso entablado contra Jesús, como en la Cruz y en el Descenso a la morada de los muertos. Baltasar contempla el misterio del silencio de la Palabra hecha hombre.

Por su parte, en la meditación suelen aparecer estados de sequedad, de indolencia, de tristeza. Aparte de nuestras negligencias, estos estados pueden ayudar a participar en el seguimiento de los estados de la Pasión del Señor, en la desnudez de la fe.

Permanecer en la Palabra

El paisaje de la revelación de Cristo es nuestra propia patria. Es un paisaje con ángulos nuevos, aunque a veces nos resulte familiar. En la meditación tenemos acceso a estos paisajes y a los distintos estados de Jesús.

Quien medita, sostiene el autor, debe abrirse en su deseo y gozo, pero ha de evitar una voluntad de placer o posesión. Para permanecer en la palabra se requiere una mirada interior dirigida a la actitud de Jesucristo en su relación al Padre, al Espíritu y a los hombres.

En la permanencia meditativa en el misterio podemos descubrir

nuestra misión. Encontramos nuestro lugar en ese espacio grande. Se trata, en el fondo, de permanecer en Quien es la Alianza en persona, Jesús.

Unificación

Camino mariano

“Que sean uno...yo en ellos, y tú en mí” (Jn. 17,22). La unidad con Dios se da desde el misterio trinitario. A partir de Jesús, que es uno con el Padre (Jn.10,30).

El retorno y la vuelta sobre uno mismo, en tanto imagen y semejanza de Dios, espejo personal que ha de ser purificado como imagen para mejor reflejar a Dios, debe terminar en Aquel que es el arquetipo de todo, el Hijo encarnado. Se trata de destacar el “lugar” de la Encarnación: la Virgen-Madre María. Así el camino de la unidad con Dios pierde su carácter abstracto. En María se centra la alianza nupcial entre la naturaleza divina y la naturaleza humana.

Así como María Madre se vuelve totalmente hacia el Niño, de El recibe y a El le da, así la meditación es un ir a Jesús y recibir de El, recibir que supone una unidad. Esta dar y recibir es oración. María es imagen de la Iglesia, de cada miembro de la Iglesia, de cada uno de nosotros. María acompaña a Jesús en todo su itinerario.

En la relación Cristo-Iglesia, El es la Palabra activa, como Palabra del Padre, y de manera eminente en la libre espontaneidad de la Eucaristía. La Iglesia recibe el regalo de la Palabra y la palabra con que ella responde es un eco activo de aquella Palabra primera.

El Esposo le brinda a la esposa el poder de ser respuesta, el poder de llevar y dar a luz la Palabra. La esposa recibe de Cristo el poder de regalar.

Para el que medita como miembro de la Iglesia, integra un cuerpo en el que el intercambio de regalo-recepción-devolución ya se ha realizado previamente, y se vuelve a realizar. El cristiano participa en este diálogo substancial. Participa y existe en este cuerpo.

La Eucaristía, por su parte, es la actualización del don eucarístico de la Palabra, que a su vez es presupuesto de la oración de respuesta. Muchas de las palabras y obras de Jesús son elementos que se integran en un regalo sacramental: Caná; las comidas con pecadores y publicanos; la comida con la pecadora en lo del fariseo; las multiplicaciones de panes (que Juan vincula con la Eucaristía en forma directa); la comida en Betania. Todas son obras que desembocan en la gran palabra eucarística.

Así como el sacramento es el resultado de palabras y acciones, para el que medita en la Iglesia es normal volver y concentrarse en las palabras individuales que parecen más centrales y expresivas.

Pensar que la meditación es un escalón superior a la oración verbal, ya sea ésta eclesial comunitaria o personal constituye una superstición neoplatónica. Esto sería una espiritualización anti-encarnatoria. Jesús nos trajo una oración verbal, presupuesto que buscamos entrar en la profundidad de su palabra que termina haciéndose oración. La oración comunitaria ha de ser verbal, y se da en la alternancia con un silencio meditativo común.

Además, la meditación personal tiene una dimensión eclesial. El acto primero es la escucha, la recepción, tanto en la meditación como en el sacramento. Esta oración es liturgia también, servicio al amor de Dios. Como ya lo hemos dicho, la meditación pide una escucha silenciosa. La oración litúrgica común, por su parte, es incorporación común disciplinada.

La oración puede ser personal, no privada. Cada oración y toda oración tiene lugar en la comunión de los santos, sostenida junto con ellos. Cuando un cristiano meditando busca bucear en un pasaje evangélico sabe que muchos lo han hecho antes que él, que la Iglesia celeste lo hace con él. El llamado de esta Iglesia santa lo ayuda en forma infalible. Es que la comunidad de los santos se encuentra con él.

Respecto a la Eucaristía, se trata de meditar en el desarrollo del drama eucarístico y reconocer la presencia del Señor: en la comunidad convocada; en las lecturas de la palabra santa y en su explicación; en la

preparación de los dones que serán asumidos en el don del Padre; en la presencia eucarística del Hijo que agradecemos; en la comunión que nos adentra en su oblación.

En la dimensión eclesial de la contemplación se aclara que todas las palabras están rodeadas de un aura de silencio porque significan más de lo que dicen. La meditación trinitaria revelada en la encarnación, Muerte y Resurrección de Jesús no es privada, alcanza a la humanidad entera y ha obrado sobre ella. La intimidad del encuentro personal con Cristo no debe realizarse a costa de su intención universal. De la misma manera que su don eucarístico quiere alcanzar a todos los hombres.

La superación de los límites de lo personal y de las fronteras de la Iglesia pertenece a la esencia de Cristo y de la Iglesia. Por ello, la inclusión del mundo en la meditación no supone dispersión sino centralización en lo esencial. Se trata de llegar a ver el mundo con los ojos de Dios.

Por los caminos del mundo

La Iglesia nos enseña a “encontrar a Dios en todas las cosas”. Encontrarlo en el fondo como el que siempre ya estaba aquí. Cuando el oriental busca en su propia meditación el camino del Nirvana y alcanza una gran iluminación, no tendrá luego mucha dificultad en encontrar el vacío interior del mundo y de su propio yo mundano. Cuando un cristiano encuentra en su meditación el misterio de la plenitud de Dios en su entrega intratrinitaria manifestada en Jesucristo, su Iglesia y su Eucaristía, tendrá poca dificultad en reencontrar esa plenitud en un mundo tan vacío.

Quien medita debe estar disponible a esta doble articulación: corrección exigente de uno mismo, pero motivada al mismo tiempo por amor. Se trata de reconocer por su nombre las enfermedades del propio corazón sin ahorrarlas, pero hacerlo en el sentimiento de su Señor.

Ultima meditación para pedir amor

En primer lugar, todo lo amplia y pluriforme que aparezca, su presencia es puro regalo de un Dios que da de un modo tan profundo como sólo El puede hacerlo. Creación, Gracia, Redención muestran la intención de participarse de Dios.

En segundo lugar, quien medita debe realizar que Dios está en todas las cosas creadas y que éstas habitan en Dios. Y que ellas reflejan al Dios Trino en su mutuo amor personal.

En tercer lugar, se trata de considerar el amor de Dios que entra en el mundo hasta la Cruz en su diálogo dramático con el mundo. Si quien medita pretende contemplar al Dios que se encuentra por encima del mundo en un estado bienaventurado, se equivoca de camino.

En cuarto lugar se trata de ver la existencia del mundo y sus valores brotando del origen de Dios como los rayos del sol y las aguas de la fuente.

Cuando el deseo y nostalgia de Dios es según Dios, cuando, como Agustín, se comprende que sólo Dios en su amor libre que agracia abajándose puede saciar este deseo, entonces, este deseo de Dios no puede ser un deseo de poder y de posesión de Dios, sino la disponibilidad a dejarse tomar por El. Y de este modo es sellado por la forma del amor de Dios: disponibilidad a recibir el amor descendente de Dios y deseo de imitar con el propio amor este camino descendente. Es el movimiento en el que Dios nos ha revelado la esencia del absoluto amor. El Hijo baja hasta el hermano más pequeño y el Espíritu baja sobre Cristo y la Iglesia para participarse y concluir este movimiento. No hay verdadero amor sin abajamiento, sin *kenosis*, sin humildad, sin pobreza, sin un alma de niño.